

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL LIC. RODRIGO MADRIGAL NIETO DECIMOSEPTIMO PERIODO ORDINARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LA ORGANIZACION DE LOS ESTADOS AMERICANOS

RODRIGO MADRIGAL NIETO
Ministro de Relaciones Exteriores de Costa Rica.

Excelentísimos señores Cancilleres y Jefes de Delegación, excelentes señores representantes permanentes, Señor Secretario General de la Organización de los Estados Americanos, Embajador Joao Clemente Baena Soares, Señor Secretario General Adjunto, embajador Valerie McComie, Señores Delegados, Señores Observadores Permanentes, Señores Representantes de Organismos Internacionales Señoras y Señores:

Pienso que nunca imaginó el almirante que las feraces Islas Antillanas que contempló el 12 de octubre de 1492, representaban la primera frontera de la más luminosa epopeya en la historia de occidente.

Crisol extraordinario de razas, culturas, credos y pasiones visionarias, este magnífico Lienzo Continental es aún hoy rico Filon de ideales y de esperanza para los pueblos de la tierra.

En su majestuoso despliegue sobre el tiempo y el espacio, suele el hombre proponerse ciertos Hitos Históricos y aferrarse a ellos, como para atenuar la fuerza del vuelo, fijar mejor la dirección y asegurar el punto de partida.

Y nosotros somos una generación privilegiada nos encontramos frente a dos de estas fechas estelares. Una nos reveló al mundo como continente. La otra nos lanzará aún más hacia las profundidades de la historia. Dentro de solo cinco años cele-

braremos el quinto centenario del encuentro de dos mundos, cuando nuestra América se levantó cual inmenso mural entre los dos océanos, como signo de asombro y de esperanza.

Dentro de sólo 13 años, al doblar para siempre el cabo del siglo XXI, el bajel de nuestro continente concluirá una parte del periplo, iniciado mucho antes del advenimiento de Cristóbal Colón a nuestras costas, y, cargado hasta la borda de anhelos y necesidades tomará proa hacia el tercer milenio de la humanidad.

Pero ésta debe ser también la hora de nuestra madurez, basada en un examen de conciencia; seguros de nuestras glorias, pero también de nuestros desencantos; conocedores de nuestras virtudes y de nuestro patrimonio, pero también de nuestros inmensos pecados y de nuestro derroche y, por lo tanto, dispuestos a hurgar en nosotros mismos antes que a culpar a otros de nuestros desengaños.

Estamos aprendiendo, a punta de quebrantos y desilusiones sin cuento, que la violencia no soluciona nuestros problemas y que los discursos no elevan el nivel de vida.

Estamos aprendiendo que si la injusticia internacional empeora nuestra situación y a veces nos cierra el camino, necesitamos también ordenarnos y disciplinarnos internamente para aspirar al desarrollo.

Estamos aprendiendo cuan alto es el costo de desunión y de la falta de solidaridad.

Estamos aprendiendo que no nos beneficia lo que algunos autores denominan "la identidad nacional negativa", es decir, la pretensión de adquirir una personalidad propia con base en el rechazo.

Y, sobre todo, estamos entendiendo que progreso no significa avanzar sin dirección, ni evadir o diluir nuestra realidad en la moda ideológica, ni anclarnos infundadamente en el pasado, sino retornar a nuestros valores y principios constitutivos, a la fuente nutricia de nuestra identidad cultural e histórica.

Quiero referirme particularmente a esta renovación, a este extraordinario cambio cualitativo en América por el que, retornando a nuestros orígenes libertarios, estamos de nuevo haciendo una revolución y consolidando la personalidad política del continente.

América esta de nuevo en movimiento. Ha logrado romper las cadenas del fatalismo, el derrotismo y la indiferencia, ha decidido marchar en busca de la justicia, del desarrollo y de la paz por medio de la libertad y de la democracia; al encuentro consigo misma.

En 1948, Alejo Carpentier nos brindó una fórmula que condensa la Literatura Iberoamericana y que resalta el aporte del

negro y del indígena: "Lo real maravilloso". Nos habla de un continente traspasado por "una revolución privilegiada" y "Una exaltación del espíritu".

Es cierto. América, en el orden literario, inventa una realidad mágica, ficticia, que sobrepone a una realidad cotidiana y lacerante. Más en el campo político, esto "Real Maravilloso" reviste otro sentido, pues lo maravilloso consiste en que América, para dominar y alumbrar la realidad dolorosa de todos los días, no la recubre con la magia de la palabra, sino que retorna al punto de partida de la realidad: la fe en la Libertad, la búsqueda incesante de la democracia.

Así, América, en este recodo del siglo XX, descubre de nuevo, maravillada, el tesoro de la democracia, y con esta "exaltación del espíritu". De que nos hablaba Capertier, pretende salvar al hombre y salvarse a sí misma.

América, hasta hace poco santuario de tiranías, es hoy la región del mundo con el mayor número de democracias. Jamás en nuestra historia habíamos disfrutado de una floración igual. Lo real y lo maravilloso se confunden.

América, estigmatizada en la sociología y en la Literatura Mundial como reducto del analfetismo, no solo ha disminuido considerablemente el número de iletrados de 1950 a hoy, sino que ha producido durante veinte años el mayor "Boom" literario del siglo. Una onda literaria que no ha padecido reflujos y que sigue asombrando al mundo.

Maravilloso continente que en el esplendor de su literatura, recubre a la realidad mágica para describir la realidad trágica y que, en el Paroxismo de sus problemas, retorna a la savia espiritual de su cultura, a su Humus Libertario para resolverla, convencido de que la ausencia de democracia no es el efecto, sino una de las causas principales de su pobreza.

América ofrece hoy al mundo, de esta manera, la comprobación empírica de que, no obstante la acumulación de pobreza, injusticia y desengaño, las masas populares rechazan por igual la dictadura y el totalitarismo, y siempre que se le han entreabierto las compuertas, el pueblo se precipita sobre la libertad como un bien consubstancial al ser humano, asegurado por la democracia.

Y así, pese a nuestras diferencias, nos une una poderosa comunidad de intereses, valores e ideales, que sintetizó en el diario de los Derechos Humanos.

Si se me preguntara cuál es el carácter específico y descollante de nuestra cultura, el Hilo de oro que a todos nos liga, nuestro valor medular y permanente, diría, sin dudarlo, que el compromiso con los Derechos Humanos.

América es, pues comprensible e inteligible a partir de los Derechos Humanos. En ellos está el fundamento de nuestras relaciones sociales, de nuestra visión política, de nuestra fe religiosa, de nuestras creaciones artísticas y literarias. El ideario de los Derechos Humanos es en América el sustrato ideológico y moral del proceso de mestizaje y de integración racial, sin paralelo en la Historia de la humanidad.-

Esta constante preocupación de América por los Derechos Humanos -en cuya historia surgen luminosas figuras como San Pedro Claver, Florencio del Castillo y Abrahm Lincoln- se remonta, con Fray Bartolomé de las Casas, a la primera mitad del siglo XVI, es decir, 150 años antes de la ilustración, 250 años antes de las declaraciones de Derechos del Hombre, en Francia y en los Estados Unidos, y cerca de 450 años antes de la declaración universal de los Derechos Humanos o de nuestra convención americana.

Nosotros debemos ser los continuadores de estos apóstoles y hacer de los

Derechos Humanos la razón de ser de nuestra lucha y de nuestros sueños.

La palabra sacramental hoy en el mundo y en América es la paz, que no es sino una versión de los Derechos Humanos, su esplendor y su mejor cosecha.

Juan Pablo II expresó esta vinculación en forma condensada y categórica: "La paz nace del respeto de los Derechos Inviolables del Hombre".

La paz no es así solo un ansia del corazón humano, sino un derecho individual y colectivo del cual son titulares los individuos, los Estados, los pueblos y la humanidad, como lo proclama Naciones Unidas.

El compromiso con los Derechos Humanos es integrador de voluntades y de inteligencias.

Es cierto que la diversidad, no la homogeneidad, constituye la característica de América. Pero, si somos diversos en las manifestaciones de nuestra cultura, en el ascenso hacia el desarrollo, un hecho en cambio es incuestionable: nacimos juntos y juntos debemos redimirnos. Y nuestra redención, como sociedad y como continente, consiste en el reinado de los Derechos Humanos, de todos los Derechos Humanos.

El cometido de la O.E.A., en la defensa de los Derechos Humanos, no se circunscribe al campo de las libertades civiles y políticas, también la lucha por el progreso económico y social y el empeño por la dignidad y el desarrollo integral del ser humano. Por ello, una de nuestras prioridades debe ser la salvaguarda de la juventud americana ante el flagelo del narcotráfico.

En mi alocución ante el consejo permanente de la O.E.A., el 30 de julio de 1986, urgí muy respetuosamente a todos los gobiernos del continente a que aunára-

mos esfuerzos para combatir efectiva y globalmente el consumo, producción y tráfico ilícito de estupefacientes y restantes psicotróficos. En iguales términos, me pronuncié hace un año cuando expresé la complacencia de Costa Rica ante la aprobación del programa interamericano contra el narcotráfico.

Quisiera, una vez más que todos reiteremos nuestro apoyo absoluto e incondicional a todos los esfuerzos que se realicen con el fin de destruir para siempre el flagelo del tráfico ilegal de drogas. Ninguna batalla puede ser tan justa, ninguna tan urgente ni necesaria, como la que hay que librar contra este mal que carcome las entrañas de nuestros pueblos, los envilece y sume a su juventud en la más profunda desesperanza.

Otro de esos problemas angustiantes, que es urgente enfrentar aunando nuestras voluntades con firmeza y buena fe, es de la deuda externa. Los pueblos de América requieren crecimiento económico, y no es posible lograrlo con efectividad mientras sobre sus hombros continúe ese inmenso gravamen.

Hemos dado muestras a la comunidad financiera internacional de que estamos dispuestos a hacer frente a nuestras obligaciones y que no intentamos ignorar nuestros compromisos. Pero las medidas de ajuste interno no son suficientes. Requerimos del esfuerzo tenaz e imaginativo de nuestras naciones y de la comprensión de los acreedores, para evitar que continúe el vertiginoso deterioro de nuestras economías, y por ende, de la calidad de vida de nuestros pueblos.

Además de estos graves problemas algunas otras tareas se nos imponen de manera apremiante. Me refiero, en lugar preferente al ineludible fortalecimiento de la O.E.A. A fin de que pueda cumplir el mandato de la comunidad americana. Pero, fortalecer a la O.E.A. significa mucho

más que dotarla de los recursos materiales imprescindibles para su funcionamiento eficiente, o expresar en nuevas resoluciones la voluntad de los gobiernos de ampliar los márgenes de acción del secretario general para que pueda desempeñar sus altas funciones con mayor holgura política.

La O.E.A. es un foro natural para que América dialogue y se consagre a la solución de sus más acuciantes problemas. Para que este anhelo cristalice, es sin embargo necesario que los Estados miembros hagan un esfuerzo para concertar una agenda que, de manera realista, sencilla y expedita, proporcione soluciones concretas.

El reconocimiento franco del imperativo de una O.E.A. fortalecida en un continente que se apresta a librar algunas de las más importantes batallas de su historia, no debe interpretarse como un intento de desestimar las iniciativas de grupos de países que, ante la urgencia de contar con soluciones a problemas concretos, optaron por buscar caminos alternativos, siempre dentro de un profundo espíritu americanista tales gestiones deben entenderse como justificados complementos de la labor que podría desempeñar la O.E.A. El liderazgo de esta última que, por ser una organización de toda América, lleva consigo el respaldo moral y político de una pluralidad magnífica de comunidades nacionales, resulta de vital importancia para ampliar y vigorizar las tareas de grupos como los de Contadora o Río. Además, el creciente interés de Europa en los problemas de América Latina, la disponibilidad del viejo mundo de desempeñar un papel más activo en el porvenir americano, permitiría aumentar nuestro capital social, político y cultural, y convertirlo, cimentado en los principios y valores que inspiran a la OEA, en un patrimonio inigualable para las generaciones venideras.

La entrada en vigor del "Protocolo de Cartagena" constituye un primer paso in-

dispensable para la revitalización, sin embargo, no debe ser entendido por los americanos como el término del esfuerzo. Hay que proseguir en la senda de las reformas a la carta de la organización, de manera que este instrumento jurídico se convierta en herramienta eficaz para la resolución política de las controversias.

Debe reiterarse que el problema básico, sin embargo, no es jurídico sino político, y que, mientras los gobiernos no adjudiquen a la O.E.A. el papel apropiado y como órgano regional le corresponde, su eficacia será muy limitada. Lo que en 1985 se llamó el "Espíritu de Cartagena" debe hoy materializarse en una realidad política y trascender los aspectos meramente formales.

Como vital de nuestro compromiso con los Derechos Humanos e íntimamente vinculada con la necesidad de vigorizar el sistema interamericano, está la cuestión capital de la paz en Centroamérica, que afecta la vida de veinticinco millones de seres humanos y que necesariamente debe considerarse en este foro.

¿Cuántas veces hemos escuchado que la única alternativa racional para la solución de las disputas en el diálogo? ésta que parece ser una pregunta trivial, encuentra especial y hondo significado en Centroamérica, porción de nuestro hemisferio sumida en la mayor crisis política de su historia contemporánea.

En el período comprendido entre 1979 y 1982 se plasmaron veintidós propuestas de negociación para encontrar una salida política al laberinto centroamericano. Una tras otra fueron desechadas: algunas reducían las soluciones de la crisis a un solo factor, otras marginaban a importantes actores del problema. Sin embargo, a partir de 1983, los cinco estados centroamericanos, con la colaboración de varios países del continente, pusimos en práctica un proceso de negociación que definió un esquema de solución equilibrada para los problemas de centroamérica.

Este esfuerzo concertado, sin embargo, no logró cristalizar todas las esperanzas, ya que muchas veces en las negociaciones se dilataron excesivamente, en mengua de los objetivos propuestos. Era imperioso, por lo tanto, emprender un esfuerzo más en el largo y sinuoso sendero de la paz en Centroamérica.

Hace un año y cuatro meses, en junio de 1986, manifesté que en Centroamérica debían concordar los hechos con las palabras, y que las promesas de paz y de democracia se debían someter a un calendario de cumplimiento o concreciones, a fin de avanzar efectivamente hacia las metas buscadas. Desde el 7 de agosto de 1987, como es del conocimiento general, los centroamericanos hemos acordado, con base en una propuesta del presidente de Costa Rica, Dr. Oscar Arias Sánchez un procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica. Es expresión clara de la voluntad política de los centroamericanos, y si es acatada de buena fe por todos los interesados, podría dar solución a sus apremiantes problemas.

Noventa días después de haberse firmado el acuerdo de "Esquipulas II", nuestro empeño no representa solamente un trozo de papel para la historia. En esta hora de la verdad y de la democracia, en esta hora de libertad y de responsabilidad ante el futuro de la América toda, ha llegado el momento de cumplir, sin excusas, condiciones o dilaciones, la palabra empeñada en Guatemala.

La comunidad internacional ha recibido con profundo interés y calor el esfuerzo de Centroamérica y en diversos foros ha formulado resoluciones de apoyo al plan de paz suscrito en Guatemala. Creo que esta Asamblea ofrece una oportunidad singular para que, en momentos ya han entrado en vigor los compromisos sustantivos del acuerdo, el sistema interamericano le brinde el concurso de su respaldo y contribuya así a que sus postulados adquieran plena efectividad.

El proceso avanza a sus metas deseadas pero, desafortunadamente, no con la celeridad y la profundidad que las circunstancias demandan. Debemos reiterar aquí, en este foro continental, con honestidad y cordial franqueza, que los cambios que perseguimos deben ser unívocos, profundos y eficaces. Si verdaderamente anhelamos alcanzar el desarrollo social enraizado el desarrollo en la democracia. Porque esa es la esencia del "Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica": La instauración plena de la democracia como único camino auténtico para alcanzar la paz en la región.

Un importante corolario del esfuerzo de Esquipulas II es la elaboración de un plan internacional para el desarrollo económico y social de Centroamérica, devastada a veces por la naturaleza y casi siempre por el hombre.

A este respecto, en 1979, cuando era miembro del Poder Legislativo de mi patria, emprendí una cruzada en favor de un plan Marshall para América Central, que debería lanzarse al caer el gobierno nicaragüense de entonces, cobró vida la idea en medios parlamentarios, intelectuales y de opinión pública que agitaron la conciencia de los distintos centros de poder en América. Surgió luego el informe Kissinger, un enfoque bipartidista y generoso de los Estados Unidos en el que muchos comprometimos nuestro esfuerzo y ciframos nuestra esperanza. Sin embargo, nada se ha concretado hasta la fecha. Por eso, no puedo dejar pasar esta ocasión y esta tribuna, la más alta y calificada de América, sin lanzar otra vez un llamamiento claro y preciso, para que esa iniciativa se reviva y se impulse con renovado vigor. Que surja de la O.E.A., como testimonio de fraternal empeño de los países de América el esbozo de un plan para mitigar la pobreza y el dolor en la América Central.

Es verdad que las cifras que sustentan esta idea han ascendido a niveles casi

inalcanzables hoy día. Pero con el imprescindible soporte de los Estados Unidos; la voluntad manifiesta del grupo de Río, expresada ya en números y en algunas acciones específicas y con la comprensión y la amistad de la comunidad europea, reiterada cada día con mayor constancia, sí podríamos lograr un aporte significativo del Japón y de entidades financieras internacionales, que permitiría reunir una suma adecuada para iniciar al menos la recuperación económica de nuestras naciones. La vida en Centroamérica se torna más angustiosa cada día. El comercio intrarregional ha descendido hasta una tercera parte de su nivel habitual. El producto interno bruto por habitante, con la sola excepción de Costa Rica, ha venido disminuyendo durante los últimos seis años. Las tasas de desempleo y a falta de vivienda alcanzan en algunos países niveles alarmantes. Esta pobreza es otra forma de violencia, y quisieramos que en Centroamérica cesara toda forma de violencia para que todos sus hijos pudieran disfrutar de una vida libre y digna y los cinco países logren su realización integral.

La democracia demanda un progreso constante y la historia de la democracia es la historia de la afirmación de la libertad. Pero, hoy más que nunca, los pueblos quieren que esa libertad se traduzca, salud y bienestar. Por eso he planteado esta iniciativa aquí, porque la O.E.A. ha de ser siempre el foro de los pueblos de América. Aquí han de fenecer todos nuestros problemas.

Señoras y Señores, amigos todos: Esta comunidad de aspiraciones que llamamos América es la que nos ha convocado, una vez más, a este foro. Concurrimos desde todos los rincones del continente para dialogar sobre nuestros sueños y sobre nuestra realidad. Venimos en homenaje al ideal de unidad continental que siempre inspiró a nuestros proceres, convencidos, como estamos, que de solo en la unidad, la tolerancia y la sabiduría, podrán

nuestros pueblos alcanzar el desarrollo con justicia y libertad que el destino nos tiene reservado.

Representa para mí y para mi país un señalado honor inaugurar el decimoséptimo período ordinario de sesiones de la Asamblea General de la O.E.A. Al haberme distinguido con la presidencia de esta Asamblea, vosotros honrais a mi pueblo amante de la paz y ratificáis los profundos lazos de hermandad que nos vinculan. Aprecio, con gratitud, que un grupo de

americanos tan notables haya depositado en mí la responsabilidad de conducir esta Asamblea General. Este gesto de sincera amistad y de confianza me conmueve y compromete mis mejores esfuerzos por el exitoso cumplimiento de los objetivos que nos hemos propuesto.

Os invito a la reflexión y a la palabra henchida de sentido y de verdad. Legionnes impacientes de hijos de América tocan nuestras puertas. Desde hace 500 años, hacen antesala esperanzados en nuestra

voluntad y firmes en sus derechos. Todos ellos, en la hora del gran transbordo histórico hacia el siglo XXI, claman por un gran acto de solidaridad y de justicia.

Confío en que hemos venido aquí para realizarlo.

Muchas gracias.

Washington D.C.
9 de noviembre de 1987